OBLIGACION Y DEVOCION DEL "QUIJOTE"

EN un anterior artículo mío sustenté la tesis de que el "Quijote", el más bello de los libros que se han escrito nunca y que acaso se escriban, no es, a mi entender, el más adecuado para ser leído el primero. Un espontáneo comunicante sale al paso de esa opinión mía y la rebate de un modo tan cordial y simpático, que yo me siento animado a proseguir el diálogo no epistolarmente, sino desde las páginas de EL ALCAZAR, en donde, al fin y al cabo, lo empecé.

PARA mi comunicante, el "Quijote" es un libro único. El, según asegura, lo lee con periodicidad y sin desmayos, y deduce de cada una de sus lecturas un sinnúmero de observaciones y de ideas. A mí no me gusta quedarme a la zaga de quien lo elogie, y yo hago mías, desde ahora, sus palabras. También yo debo al "Quijote", como todo ser civilizado, horas inolvidables, y aún no recuerdo de una sola vez que lo haya cogido en mis manos y que lo haya devuelto a su anaquel sin que haya contraído con su autor la nueva y siempre renovada deuda de una sonrisa. Aquí no se trata, pues, de regatear al "Quijote" ninguno de sus inmarcesibles valores. Sería absurdo. Con esa deliciosa insolencia que caracteriza la edad adolescente, buscando airear un nombre aún poco conocido entonces, César González Ruano expuso en el Ateneo, en un acto público, su opinión personal de que el "Quijote" estaba escrito con los pies, de lo cual era buena confirmación el hecho de que Cervantes fuera manco. El maravilloso cronista ha dejado en sus memorias puntual reseña del comprensible escándalo que acogió sus declaraciones. No. Cervantes, claro está, era un escritor impar, y "Don Quijote" un libro asombroso. Nadie lo dude. Pero he de insistir en mi primitivo punto de vista: Yo no estoy muy persuadido de que sea el más adecuado para ser leído el primero. Si examinamos bien lo que lleva dentro de sí un niño de nueve o diez años y lo que es el "Quijote", puede que lo entendamos.

DOS cosas hay en todo libro: una, su estilo, su forma literaria; otra, su contenido. ¿Son el estilo y el contenido del "Quijote" los más adecuados para hablar a las imaginaciones infantiles?

SOBRE el estilo del "Quijote" han pasado, no en vano, tres siglos y pico. ¡Cuántas mudanzas, cuántos giros, cuántas palabras sepultadas como arcaicas, cuántas otras ascendidas a la legitimidad de la Academia desde 1604 a hoy! El niño se encuentra, de manos a boca, con un lenguaje, con un diálogo, que no es el usual entre nosotros y acusa su extrañeza y hasta su repulsa. Por otra parte, es aún demasiado inmaturo para comprender cuánto guarda de genial invención la imagen de Don Quijote y de Sancho alzados sobre la chata tierra castellana y puestos a andar camino de la aventura al Norte y Sur de nuestra más entrañable geografía. Y, en la mayor parte de los casos, ilustre comunicante, señoras y señores, el niño no entiende nada de todo aquello y se aburre.

AHORA bien: que de su primera experiencia de lector, el niño salga decepcionado, es grave. Que la hora de lectura le caiga antipática y le hastíe, también. Y yo pienso si no convendría estudiar la manera de hacer trabajar al niño sobre un texto más a su alcance y reservar el "Quijote" para otra etapa de su formación, en la que su paladeo le resultase fácil y amable.

ES curioso subrayar la profunda diferencia que va de la manera que la iniciativa privada, por llamarla así, y la iniciativa oficial, entienden cuáles son, o deben ser, los textos adecuados para los niños. La iniciativa oficial impone, simplemente, el "Quijote", con sus cuatrocientas a sus quinientas páginas, expurgado de algunos episodios y sin una sola nota explicativa. (Conocida es la alergia de la infancia a eso que se llama letra pequeña. ¿Quiénes pararían mientes en ella?) Quiere esto decir que el niño ha de entender, sin ninguna aclaración complementaria, lo que el adulto entenderá enteramente tan sólo después de leídos los millares de notas con que Rodríguez Marín, apostilló, lleno de erudición, de sagacidad y de gracia, el texto cervantino. A las claras se advierte lo arduo del esfuerzo que se pide al niño. La iniciativa privada, al contrario, prepara libros de texto limitado, en los que se narran peripecias con frecuencia futiles, si no lamentables, pero de una manera atractiva. Y el niño los busca con avidez y, desgarradora paradoja, descansa en ellos del "Quijote". (¿Se ha comentado, dicho sea de paso, como se merece, que el niño español lee muchísimo más que el hombre y que la mujer? La máxima tirada de la Prensa española, diaria y periódica, corresponde a un semanario infantil que no cito, entre otras causas, porque, como ya se advierte, no le hace ninguna falta.)

YO no sé, en la dispar dirección de la iniciativa oficial y de la privada, a cuál de las dos corresponde la palma, pero subrayo la distancia que existe entre una y otra, firmemente convencido de que el clásico aforismo de "in medio stat virtus" sería aquí oportunamente aplicable.

VIENE todo esto a cuenta de que lo que ha de hacerse con el niño es, primero, despertar su amor a la lectura, empujarle hacia el libro como a un camarada de juego y decirle, por tanto, a través de sus páginas, las cosas más sugestivas, y brindarle las informaciones más bellas. Si así se hace, si se atina a convertir el libro en un compañero brillante y divertido, el niño se hará joven sin abandonar su culto. Si lo ve como sinónimo del aburrimiento o como heraldo, un poco hosco y frío del deber, le huirá siempre.

EL "Quijote" debería ser conocido a la hora de la reválida, en esa síntesis del bachillerato que tanta importancia tiene, en esa hora en la que se da el adiós a una serie de conocimientos que, normalmente, no volverán a ocupar espacio en nuestra vida, cuando la bifurcación inevitable nos lleva por el ramal de las letras —abogacía, filosofía, historia—o de las ciencias-matemáticas, ingeniería. A esa altura de los diecisiete años, el "Quijote" no abruma ya. Es una delicia abrir con su primera lectura el apetito para las sucesivas—catorce, confesaba Menéndez Pelayo haber hecho de él—y familiarizarse con las gentes que lo pueblan y con los paisajes que le sirven de fondo.

¿SERIA aconsejable, acaso, no exigir que se lea tan tempranamente como entre nosotros acostumbramos? "Platero y yo", le sustituye en las escuelas de alguna nación hispanoamericana. ¿Es eso inteligente? ¿No lo es? Doctores tiene la Santa Madre Iglesia con discernimiento sobrado para pronunciarse en un sentido o en otro.

EN la que Amezúa llama la primera "intervista" (a la castellana) del periodismo español, Don Quijote, vuelto a su aldea, dialoga con el bachiller Sansón Carrasco, y elogia la obra con harta justicia. "Los niños la manosean—dice—, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran." Trescientos y pico de años, pasados sobre sus modismos, sobre el mundo de que fué coetánea hacen quizá su entraña un tanto inextricable para los niños de hoy, lo que, seguramente, no aconteció con los de 1604.

PIENSO que, tal vez, se nos acerca la ocasión de imponer el conocimiento del "Quijote" como un anexo, verbi gratia, de la Historia literaria, y de dimitirlo, sin embargo, como primera lectura obligatoria del niño.

Por JOAQUIN CALVO SOTELO (De la Real Academia Española)

El Alcázar 7 marzo 1956

(A) 84